

Mercedes Blanco
y Aude Plagnard, editoras.
El universo de una polémica.
Góngora y la cultura española
del siglo XVII.

IBEROAMERICANA / VERVUERT, 2021. 747 PP.

Ana Garriga

Brown University

TAN SOLO UNOS MESES DESPUÉS del fallecimiento del añorado gongorista francés Robert Jammes (1927–2020), llegaba a las librerías el volumen que Mercedes Blanco y Aude Plagnard habían editado con ánimo de ofrecer una “reflexión inédita” (9) en torno al encendido y abultado debate que suscitaron, desde su aparición en los albores del siglo XVII, los grandes poemas de Luis de Góngora. La infeliz coincidencia me invitó, de primeras, a acercarme a *El universo de una polémica*, concibiéndolo como una esmerada continuación del prolífico campo de estudio que había abierto el catálogo de la contienda publicado por Jammes hacía ya casi treinta años (Castalia, 1994, pp. 607–719). Pero tras un ejercicio de lectura detenida puedo confirmar que, junto a la fineza con la que los autores asumen el legado de estudios precedentes, *El universo de una polémica* leído en su conjunto sobresale por ese carácter inédito y novedoso que las editoras prometían a sus lectores y colegas en las primeras líneas de la introducción. Extenso y polifónico como la propia polémica, el volumen está compuesto por un total de diecinueve capítulos arropados por una introducción y un apéndice.

Ningún rincón de la literatura del siglo XVII logró repercutir con tanta virulencia y notoriedad en la vida letrada, las nociones estéticas, los entramados políticos y la ideología lingüística del periodo como los versos de Góngora. Por eso, su estudio puede resultar a veces resbaladizo y complejo, pero también, como demuestran ampliamente las contribuciones que integran este volumen, se convierte en una piedra de toque idónea para entender un cambio de paradigma cultural que superó con creces lo meramente literario. En palabras de Blanco y Plagnard en su introducción, el terremoto cultural suscitado por Góngora interesa no tanto porque fuera un fenómeno indudablemente “vistoso”, sino más bien porque “su propuesta poética tuvo un eco y unos efectos amplísimos e integradores, durante todo el arco temporal que estuvo activo” (9–10).

Para aquellos que conozcan ya el laborioso proyecto de “edición digital, crítica y anotada” (9) de los textos de la polémica impulsado en 2014 por Blanco y un nutrido equipo de investigación en el marco del *Observatoire de la vie littéraire* (OBVIL, obvil.sorbonne-universite.fr) de la Universidad de la Sorbona (París), no resultarán sorprendentes ni la exhaustividad ni el gratificante eclecticismo metodológico que atraviesan el volumen. *El universo de una polémica* se presenta como un sólido soporte interpretativo del proyecto de catalogación y edición digital de la controversia gongorina. Así, la parte 1 del libro, “Morfología de la polémica en el mundo letrado”, se abre con un capítulo de Plagnard y Muriel Elvira que, como indican en el título, está dedicado a “Analizar y cartografiar la polémica”. Las herramientas digitales han permitido una renovación radical del corpus, brindándonos una visión “deliberadamente anacrónica y distorsionada” de la polémica, ya que todas las piezas del catálogo, desde “un soneto inserto en el paratexto de una edición comentada de Góngora” hasta “un texto tan influyente y lleno de ideas como el *Antídoto* de [Juan de] Jáuregui” (43), reciben la misma importancia. La detenida explicación de la metodología por parte de Plagnard y Elvira, si bien puede resultar difícil de seguir en ocasiones por la complejidad de la labor, funciona como puerta de entrada idónea al resto del volumen al poner el énfasis en el carácter fuertemente intertextual de la polémica y en las ventajas de aprovechar las herramientas digitales para mirar al corpus en su globalidad y poder desgranar así el “papel motor” (53) de ciertos textos frente a la “excentricidad” (15) de otros. La mala calidad de las reproducciones de las imágenes que reflejan los resultados obtenidos desmerece, sin embargo, el trabajo de sus autoras.

Completan la parte 1 otros dos capítulos: uno de Blanco, “Archivos gongorinos del siglo XVII. Papeles que vuelan y códices que duermen”, y otro de Roland Béhar, “¿Quiere luz el poeta? Sobre formas y funciones del comentario en la polémica gongorina”. Al hilo de la ya afamada expresión de Fernando Bouza del *correr de los manuscritos*, Blanco rescata el lado más olvidado e inaprensible de la polémica, el que nunca alcanzó la letra de molde, para demostrar la importancia de la “mediación del archivo” (72) y del “soporte material” (73) en la transmisión de los textos surgidos en torno a Góngora. Más allá del análisis minucioso de cuatro testimonios manuscritos surgidos de muy diferentes plumas, el trabajo de Blanco destaca por su trazado de una tipología textual de la polémica que toma como referencia los distintos grados de circulación y conservación de los papeles y que conforma una brújula accesible para navegar por el maremágnam de textos conservados. Por su parte, el estudio de Béhar refleja sus indagaciones sobre los primeros comentaristas de Góngora para confirmar la existencia de una continuidad entre las batallas que se libraron sobre los papeles del cordobés, el “ardor polémico” (115) del humanismo tardío y las contiendas que en 1580 suscitaron las obras de Garcilaso de la Vega, Torquato Tasso y la traducción de *Os Lusíadas* de Luis Gómez Tapia. En su fino análisis de la técnica del comentario, Béhar nos lega la imagen de un Góngora consciente, mientras escribía, de la venidera labor de las anotaciones: “Alguien que incita a gozar meditativamente de la tradición poética” (108) con el incesante juego de modelos a los que invitan sus versos.

A esta parte 1 que se dedica a diseñar “la silueta de la polémica” (14) le siguen otras cinco que aspiran, en conjunto, a radiografiar los diversos ejes temáticos en torno a los que se arremolinaron las críticas, elogios, comentarios, secuelas literarias y reflexiones lingüísticas surgidos de las poesías del cordobés. La parte 2, “La polémica en la plaza pública”, está compuesta por dos capítulos que nos abren las compuertas de la filtración de la polémica a prácticas literarias alejadas de la cerrazón erudita y volcadas en la amplia difusión: Rodrigo Cacho Casal ahonda, de la mano de Lope, Jáuregui y Quevedo, en la poesía satírica que los tres autores cultivaron para parodiar el estilo de la nueva poesía. Con un cuidado análisis poético y un recorrido fascinante que nos lleva de Giorgio Vasari y Leonardo da Vinci al mundo sin nombres de *Cien años de soledad* pasando por *La scienza nuova* (1725) de Giambattista Vico, Cacho Casal demuestra, en sintonía con la tesis general del volumen, que la mordacidad de los versos satíricos de estos autores apuntaba, en realidad, a una conciencia plena de “la experimentación con el lenguaje poético” (160) alcanzado por Góngora. Todos ellos sintieron un profundo desquite, pero también una innegable admiración ante una manera de hacer versos que abría la posibilidad de pensar en la naturaleza del lenguaje y la poesía desde un lugar estético y ontológico visceralmente nuevo. Si la sátira nacida alrededor de Góngora ha gozado de bastante andadura crítica, la repercusión que su poesía tuvo sobre las tablas de los corrales es todavía, como declaran Florence d’Artois y Jean Canavaggio en su aportación al volumen, “un campo poco explorado” (165). Una falta de exploración que intentan remendar con este capítulo que observa a través de dos obras de Lope muy distantes en el tiempo —*La dama boba* (1613) y *Las bizarrías de Belisa* (1634)— y una de Calderón, *No hay burlas con el amor* (1635), cómo los malabarismos cultos se trasladaron a algunas de las más célebres damas de los escenarios de la época.

La parte 3, a la que podría quizás achacársele cierta autonomía respecto al resto del volumen, abandona el enfoque temático o genérico para trazar “semblanzas de polemistas”. José María Rico García, Pedro Conde Parrado, Cristina Gutiérrez Valencia, Jaime Galbarro García, Blanco y Plagnard nos acercan a los intereses y ambiciones que motivaron la participación en la polémica, respectivamente, de Jáuregui, Quevedo, Lope, José de Pellicer y Tovar, Francisco Cascales y Manuel de Faria y Sousa. La mayoría de los capítulos de esta parte ofrecen indagaciones fundamentalmente biográficas, como el trabajo que dedica Rico García a Jáuregui y que logra iluminar con nuevos datos y materiales la trastienda personal que se escondía bajo la tenacidad con la que el sevillano se enfrentó a las novedades de Góngora. Por otro lado, algunos trabajos están más volcados en la historia textual de la polémica, como el capítulo de Galbarro García sobre Pellicer, donde estudia los vericuetos y manipulaciones editoriales del autor de las *Lecciones solemnes* (1630) y su acercamiento oportunista a fray Hortensio Paravicino para publicar la obra y lograr, así, “una posición de poder en el campo de las letras de la corte” (261).

Los “efectos amplísimos e integradores” de la polémica que las editoras traían a la introducción se reflejan en el capítulo de Conde Parrado, cuya contribución más relevante a la sonada enemistad entre Quevedo y Góngora

es la acertada insistencia en recordar, a partir de la dedicatoria al Conde-Duque de Olivares que el escritor madrileño incluye en su edición de las obras de fray Luis de León (1631), que “el *affaire* del gongorismo” había terminado por derivar en “una cuestión de estado” (212). Si Quevedo optó por la sátira y el tratado teórico para sancionar a Góngora, la afilada pluma de Lope discurrió, como analiza Gutiérrez Valencia en su capítulo, por caminos menos encarnizados al menos hasta el intercambio epistolar incluido en *La Filomena* (1621) y las escenas paródicas de *La Dorotea* (1632).

De especial deleite en las páginas de *El universo de una polémica* resulta el fiel reflejo de los vaivenes geográficos que trajo consigo la nueva poesía: si las *Soledades* habían caminado en 1613 de Córdoba hacia la corte, como evoca el título del libro de María José Osuna Cabezas (*Las Soledades caminan hacia la Corte: primera fase de la polémica gongorina*, Academia del Hispanismo, 2008), en los años sucesivos la polémica extendió sus tentáculos hacia una dilatada periferia. Es el caso, como analiza Blanco en el segundo de los capítulos que firma en el volumen, del cruce epistolar que Cascales incluye en las *Cartas filológicas* (1634) impresas en su Murcia natal. A través de una fina urdimbre de trágicos datos biográficos e historia literaria, Blanco demuestra que este “vulgarizador con ingenio y buena pluma” (264) supo recurrir con perspicacia a la poesía de Góngora para posicionarse en la sociabilidad literaria de su tiempo a través de una “jugada magistral” (285) en la que el objetivo no era tanto fustigar la lengua de Góngora como aliarse a la celebridad y llaneza de Lope. Más cercano al centro magmático de la corte y bastante mejor posicionado que Cascales, estaba el portugués Faria y Sousa, agente reactivador de la hostilidad de la polémica tras la muerte de Góngora. A partir de un estudio del “puñado de alusiones” (287) críticas contra los cultos que incluye Faria en el comentario a *Los Lusíadas* de 1639, Plagnard cierra la parte 3 de *El universo de una polémica* acercándonos a los entresijos de este tardío y desproporcionado despertar de la contienda, que alcanzaría el otro lado del Atlántico con Juan de Espinosa Medrano y su *Apologético* (1662).

La parte 4 del libro la integran tres capítulos unidos bajo el principio de “Temas y tesis en debate”. Cada capítulo aquí se etiqueta con una palabra clave emblemática de la polémica: la “gravedad”, cuya hinchazón y polifonía semántica desde sus orígenes latinos hasta su importancia en los textos de la polémica son desmenuzadas con erudición por Christopher Geekie; la “agudeza”, un término repleto de aristas disonantes, que, como demuestran Blanco y Jesús Ponce Cárdenas, se convirtió en la marca de agua más significativa y persistente de las *Soledades* y, por último, la “revolución simbólica” que instauró la lengua de Góngora en la configuración de la historia de la literatura en español. A partir de los testimonios de Martín Vázquez Siruela, Espinosa Medrano y Pellicer, Héctor Ruiz Soto demuestra que ya los primeros exégetas de Góngora vieron su poesía como una “obra de vanguardia” (378), palabra esta última que reverbera a lo largo del volumen y que condensa otro de sus empeños principales: recordar, como declara Ruiz Soto, que “mejora para algunos, regresión para otros, todos coinciden en que la lengua gongorina supone una discontinuidad en la historia lingüística y poética castellana” (378).

Los nombres de Ponce Cárdenas y Elvira reaparecen en la parte 5 con

dos capítulos versados sobre “el presente de la antigüedad clásica”. La minuciosidad casi arqueológica con la que Ponce Cárdenas editó la *Fábula de Polifemo y Galatea* (Cátedra 2010) se traslada a su capítulo sobre la práctica de la *imitatio* en Góngora, un terreno “tan fértil como complejo” (434). A través de una serie de casos prácticos de análisis, Ponce Cárdenas demuestra lo provechoso de poner al trasluz el palimpsesto poético de Góngora hasta revelar la variedad de algunos de los muchos sustratos de su práctica imitatoria: la *Cinégetica* de Opiano, *La Eneida* de Virgilio, la *Lepidina* de Giovanni Pontano y los italianos Tasso y Giovanni della Casa. La labor investigadora de Ponce Cárdenas dialoga coherentemente con el trabajo de Elvira, que explora cómo los anticuarios del siglo XVII —personalidades como Lorenzo Ramírez de Prado o Tomás Tamayo de Vargas— conformaron una “vanguardia de lectores entusiastas de los grandes poemas de don Luis” (453), a quien convirtieron en auténtica autoridad para sus pesquisas arqueológicas y numismáticas.

“La cuestión de la lengua”, proteica y escurridiza a lo largo de todo el siglo XVII, ocupa los tres capítulos de la parte 6 del volumen. El latinista Bartolomé Pozuelo Calero reabre una de las preguntas centrales que enhebró la revolución gongorina: ¿escondía realmente la poética de Góngora una latinización del castellano? A partir de un análisis metódico e infalible de “veintiséis de las piezas más representativas de la polémica” (481), Pozuelo Calero demuestra con eficacia que, ciertamente, “a ojos de los participantes de la polémica, Góngora estaba llevando a cabo en sus poemas mayores un programa de latinización del castellano” (502) alabado por sus apologetas y condenado virulentamente por sus críticos. Esta indudable inspiración latina de Góngora hizo que sus versos acabaran en el centro de debates más amplios sobre la autonomía de la lengua romance que ocuparon los tratados gramaticales y la incipiente historia de la lengua de los siglos XVI y XVII. De este recorrido se encarga Marie-Églantine Lescasse que, a través de la lectura rigurosa de textos de Gonzalo Correas, Bernardo de Aldrete y Gregorio López Madera (entre otros), desentraña las distintas implicaciones de las posturas ideológicas en torno a la independencia del castellano en los años de la polémica y coloca a Góngora en el centro de una nueva visión de la lengua que terminaría triunfando: la concepción de “la lengua propia como una realidad autónoma” (505). El temblor suscitado por el lenguaje de Góngora no obligó solo a repensar la identidad del castellano, sino que se extendió a otras lenguas vernáculas. Como demuestra Plagnard en su excelente capítulo dedicado al “portugués a la luz de la nueva poesía”, durante la Unión de las Coronas (1580–1640) y tras la Restauración bragancista, posicionarse sobre el estilo culto de Góngora sirvió como revulsivo para reevaluar y definir la identidad política y lingüística de Portugal.

Este amplio itinerario metodológico, lingüístico y geográfico concluye en un felicísimo puerto: la nueva propuesta de catalogación de la polémica que avanzaban Plagnard y Elvira en el capítulo 1. Como explican Blanco, Elvira y Plagnard, el catálogo “provisional” (pero en ningún caso “arbitrario”) abarca 222 textos redactados entre 1612 y 1622 y ofrece una visión sustancialmente “ampliada del fenómeno” (558), ya que incluye, además de los títulos habituales, piezas textuales que no desempeñaron un papel motor en el debate

(557) o textos que pese a no censurar ni elogiar a Góngora abiertamente, “sí fueron citados como argumento en otro texto inequívocamente laudatorio o denigratorio” (558). El resultado es un catálogo novedoso, que las autoras han sistematizado perfectamente: cada entrada incluye un título abreviado, el autor, el título completo del documento, la fecha de composición, las fuentes manuscritas, las fuentes impresas, las ediciones modernas, las ediciones digitales disponibles en *OBVIL*, la descripción y un código de identificación, así como su correspondencia, cuando existe, con el catálogo de Jammes. El libro se cierra con dos anejos: el primero, que firman Blanco y Conde Parrado, incluye una nómina revisada de diez poemas que Quevedo, inmisericorde, le dirigió a Góngora. De cada poema se señala su género, la fecha de composición, las fuentes manuscritas, las ediciones modernas, la bibliografía y un breve análisis. Este pequeño catálogo de sátiras quevedianas parte de la edición de José Manuel Blecua de la *Obra poética* de Quevedo (Castalia 1971) para enmendar ciertos matices. El anejo 2 constituye una utilísima herramienta de consulta del libro, ya que incluye índices regidos por diversos criterios: autores y textos de la polémica, textos polémicos por manuscrito, textos polémicos por impresor y relaciones intertextuales en la polémica gongorina (esta última una larga lista estructurada en tres columnas —“texto que cita”, “texto citado” y “tipo de cita”— que creo podría ser prescindible).

La polémica en torno a Góngora fue, como demuestra brillantemente *El universo de una polémica*, un fenómeno tentacular, poliédrico, inagotable y, sobre todo, revolucionario. Este carácter inabarcable explica que haya ciertas carencias inevitables en un volumen que sería de otro modo imposible de transitar (pienso, por ejemplo, en la intersección entre Góngora y los discursos económicos, la importancia del estilo culto en la predicación o su presencia en la novela del periodo). Aun así, el volumen editado por Blanco y Plagnard constituye la obra más transversal, innovadora y erudita hasta la fecha en torno a aquel fascinante fenómeno poético que se situó a la vanguardia de las prácticas poéticas y lingüísticas del siglo XVII. *El universo de una polémica* nos brinda, además, una valiosa lección metodológica: la magnitud de ciertos rincones de la historia literaria gana mucho si nos apoyamos en herramientas digitales, pero sobre todo si confiamos en la cooperación transnacional e intergeneracional entre investigadores.